

Alegría de vivir, en tres idiomas: entrevista a Christiane Dosne Pasqualini

Damián Vázquez*



La doctora Christiane Dosne Pasqualini, investigadora científica, nació en Francia, obtuvo su doctorado en Medicina Experimental (PhD) en Canadá y se radicó a los 22 años en la Argentina, adonde llegó por medio de una beca de la Federación Canadiense de Mujeres Universitarias. Trabajó con Hans Selye —famoso por sus investigaciones sobre el estrés— en Canadá y con Bernardo Houssay —premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1947— en Argentina, entre otras figuras destacadas, y cuenta con más de cuatrocientos trabajos científicos publicados en los campos de la oncogénesis y la función del sistema inmunitario durante el crecimiento tumoral. Desde hace cuarenta años es miembro del consejo de redacción de la revista *Medicina* (Buenos Aires) y fue la primera mujer académica en la Academia Nacional de Medicina de Argentina. Acompañó incansablemente a su esposo, Rodolfo Pasqualini, también destacado científico y fundador del Instituto Nacional de Endocrinología de Argentina. Su vida dedicada a la investigación es un ejemplo admirable de vitalidad, entrega a la ciencia y disciplina. La doctora Dosne Pasqualini recibió a *Panace@* en su casa del barrio de Belgrano, en Buenos Aires.

Panace@: *Su idioma materno es el francés, su idioma en el campo de la investigación fue el inglés, y el español es su lengua adoptiva. ¿Cree que dominar varios idiomas ayuda a pensar de un modo más creativo, o más diversificado, considerando que, junto con las palabras, uno incorpora rasgos de una cultura dada?*

Christiane Dosne Pasqualini: Creo que, en general, no. Por un lado está el concepto de Darwin, de los genes. Pero, por el otro, en el ámbito de los idiomas también es muy importante el ambiente, el lugar y el momento en que uno se encuentra. En mi casa, mi madre no dejaba hablar otra lengua que no fuera el francés, a pesar de que vivíamos en un ambiente bilingüe. Mi actividad científica se basó en el inglés, y ahora me siento más cómoda con el español.

P: *Usted ha trabajado con investigadores de la talla de Hans Selye o de Bernardo Houssay. ¿En qué idioma hablaba con ellos sobre ciencia, y en qué idioma —si acaso— le hubiera gustado hablar?*

CDP: Selye era austriaco, pero hablaba siete idiomas. Cuando en 1942 trabajé con él en la Universidad de McGill, en Montreal, todo se hacía en inglés. Pero, cuando en 1952, ya viviendo yo en Argentina, lo fui a visitar, se había pasado a la universidad francesa, y me pidió que diera una conferencia... en francés. Y en ese entorno, donde todo era en francés, no tuve dificultad para hacerlo. Houssay, en cambio, que era hijo de un profesor de francés, me habló siempre en esa lengua. Y mis estudios, incluso en Canadá, cuando llegué a los seis años, fueron en inglés.

P: *Con Houssay tiene una anécdota muy graciosa en relación con la lengua...*

CDP: (Risas.) Sí, en la pensión para estudiantes donde vivía cuando llegué a Buenos Aires, mis compañeros me enseñaban palabras del lunfardo, pero yo no sabía distinguirlas bien del lenguaje culto. Un día, cuando llegué al laboratorio, le dije a Houssay: «Tengo un ragú espantoso y quiero ir a chupar y morfar algo».** A lo que Houssay respondió, sorprendido: «¿Quién le enseñó eso, señorita?».

P: *En la actualidad el lenguaje de las ciencias es el inglés, aunque esto no siempre ha sido así. En otros momentos de la historia, la ciencia se escribía en latín, en francés o en alemán. ¿Cree que el inglés seguirá siendo el idioma de la ciencia?*

CDP: Creo que sí, porque ha alcanzado una difusión enorme. Incluso los investigadores franceses, en su momento muy defensores de su idioma, están publicando en inglés.

* Médico traductor y editor, Buenos Aires (Argentina). Dirección para correspondencia: damian_vazquez8430@hotmail.com.

** *N. de la R.:* *Ragú, chupar y morfar* son palabras consideradas vulgares que pertenecen al lunfardo rioplatense —un habla originariamente de clase baja— y se emplean en el lenguaje popular, aún en la actualidad, para denotar ‘hambre’, ‘beber’ y ‘comer’, respectivamente.

P: *Considerando que el español tiene una difusión y una importancia lingüística crecientes, y que existen en la actualidad más de cuatrocientos millones de hispanohablantes, más de cuarenta de ellos en Estados Unidos, ¿cree que los investigadores hispanohablantes deberían continuar transmitiendo sus ideas en inglés, o que deberían impulsar también el uso del español?*

CDP: Esa siempre ha sido una gran discusión con mis compañeros del comité editorial de la revista *Medicina*, de Buenos Aires. Ellos sostienen que la revista debe publicarse en español porque está dirigida a los residentes hispanohablantes, y yo pienso que los médicos deben saber leer muy bien inglés, porque la ciencia se escribe en inglés. Pero, claro, de algún modo, mi opinión es parcial porque yo provengo de un ambiente inglés. Yo impulsaba a mis discípulos a publicar en inglés para favorecer la difusión internacional de los trabajos. Y en la actualidad, con la medición del factor de impacto, es más importante aún que la publicación esté en inglés.

P: *A veces pareciera que un texto salpicado de anglicismos es más técnico o más actual, y que un mecanismo de «feedback» funciona mejor que uno de «retroalimentación». ¿Qué piensa de la gran difusión de anglicismos, muchas veces innecesarios, en el lenguaje científico?*

CDP: Con eso no estoy de acuerdo; creo que si uno trabaja en un ambiente hispanohablante, debe hablar y escribir español con corrección. Nuevamente surge el tema de los genes y el ambiente; Darwin y Lamarck.

P: *Usted ha escrito cientos de artículos, conoce muy bien el lenguaje científico.*

CDP: El lenguaje técnico inglés es especial: «short, concise, and precise». Es sintético, «to the point». El francés, en cambio, es más ornamentado, es «bordado».

P: *Se le atribuye a Albert Einstein una frase que dice «La mayor parte de las ideas esenciales en ciencia son fundamentalmente simples y por lo general se pueden expresar en un lenguaje comprensible por todo el mundo». ¿No cree que el lenguaje científico a veces es innecesariamente complicado debido no a la complejidad inherente al tema, sino a una redacción o traducción defectuosas?*

CDP: Cuando el conocimiento del tema es adecuado, la escritura es buena, y eso lo he observado en cualquier idioma. Los principales defectos en la redacción se deben a la falta de conocimiento del tema en profundidad.

P: *¿Cree que los científicos hispanohablantes manejan el inglés con la suficiente corrección como para transmitir adecuadamente sus ideas en inglés, sea en un artículo científico o en una reunión internacional?*

CDP: No, no lo creo. Pienso que no hacen el esfuerzo suficiente. En Suecia, por ejemplo, me tocó asistir a un seminario,

y allí todos ellos son en inglés. En un momento al orador le faltaron una o dos palabras en inglés y las dijo en sueco, pero después continuó hablando en inglés. Inclusive en los almuerzos se hablaba en inglés. Cuando regresé a la Argentina traté de impulsar ese hábito en mi laboratorio, pero duró sólo durante... ¡el primer almuerzo! «Doctora, esto no es nada divertido», me dijeron mis discípulos. Claro que, cuando esa persona después tiene que desenvolverse en inglés, no le va nada bien.

P: *¿Cree que debería enseñarse inglés científico en las universidades?*

CDP: Si se enseñara bien en la escuela, probablemente esto no sería necesario, porque el lenguaje científico se aprende sobre la marcha.

P: *¿Cree que el investigador que desea transmitir su conocimiento a un grupo de pares deberían formarse específicamente en temas relacionados con la comunicación, como redacción, o traducción?*

CDP: En este campo es muy importante la motivación. Recuerdo que, en mis comienzos, tenía tanto entusiasmo que podía convencer a cualquiera. Más que el idioma, es la motivación la que convence, cómo uno siente las cosas. Pero cuando corregía artículos de mis discípulos, les tachaba muchas palabras superfluas. Les decía que debían describir lo que observaban en sus experimentos, pero «sin bordados».

P: *Los traductores científicos somos profesionales de la comunicación científica. ¿Cree que el investigador valora esta capacidad de comunicación o que no le preocupa cómo se transmite un conocimiento, sino solamente qué se dice?*

CDP: Es importante; en particular las revistas norteamericanas insisten mucho en que el inglés usado sea «nativo». No suelen aceptar artículos mal escritos o con deficiencias en la redacción.

P: *¿Y cree que el consejo editorial de una revista o un editor de libros valoran esta capacidad?*

CDP: En *Medicina* hacemos mucho trabajo docente, corregimos los textos y se los enviamos nuevamente al autor. Cuando los autores hacen un esfuerzo, nosotros, desde el comité editorial, valoramos ese esfuerzo y los ayudamos en la corrección. Pero aproximadamente la tercera parte de los trabajos necesitan ser corregidos.

P: *¿Alguna vez le han criticado un artículo científico no por su contenido, sino por alguna cuestión lingüística, detalles de redacción, etcétera?*

CDP: No a mí, pero sí a varios de mis colaboradores, a quienes el consejo editorial de alguna revista les ha pedido que

corrigeran la redacción. En ciencia es importante entender lo que se está escribiendo; de otro modo, el resultado no es el adecuado.

P: *¿Cómo ve a la ciencia argentina en comparación con la de los países sajones?*

CDP: En Argentina hay mucha originalidad, pero falta disciplina. En Norteamérica, en cambio, hay disciplina pero no originalidad. Por eso los científicos argentinos son tan bien recibidos allá. Al encontrarse con una infraestructura bien montada y organizada con disciplina, pueden expresar su originalidad.

La disciplina es muy importante. Yo era conocida entre mis discípulos por mis «cartones», unas fichas donde llevaba anotada la evolución de un experimento y apuntaba los plazos de entrega. Esa costumbre empezó con Houssay, que dejaba «papelitos» a sus colaboradores: «Véame», «Consulte tal bibliografía», siempre con la firma «BAH». Esas siglas, además de sus iniciales, eran las del sapo *Bufo arenarum* Hensel, el animal de experimentación que prefería...

En cuanto a los trabajos científicos, en los países anglosajones se le da más importancia a la técnica. En los artículos argentinos a veces faltan datos, y necesitan ser más claros en la sección de material y métodos.

P: *Usted ha vivido la gran transformación que representó para la comunicación científica el advenimiento de Internet. ¿Qué ha representado para usted?*

CDP: Yo entré al mundo de la computación para reemplazar la máquina de escribir. Cuando escribí mi tesis doctoral, en 1942, tampoco había fotocopiadoras, de modo que escribía usando siete papeles carbónicos. Internet también representó un adelanto fantástico, aunque yo no entro tanto en la red. En general les pido a mis asistentes que me busquen los artículos. Uso mucho el correo electrónico; es una gran herramienta de comunicación.

P: *Durante su larga trayectoria como investigadora seguramente ha debido traducir textos de un idioma a otro. ¿Qué diferencias encuentra entre «comprender» a la perfección un texto y «traducirlo» a otro idioma con total corrección?*

CDP: Yo he traducido muchos artículos, pero en general eran para mí y no formalmente para otros. Y ahora que estoy traduciendo mi libro al inglés, noto que esa tarea me cuesta. Y me sorprende porque, hace cincuenta años, yo empecé con la traducción simultánea en la Academia Nacional de Medicina; yo inauguré la primera cabina. Pero esa actividad era tan automática que a veces no registraba lo que decía. En una oportunidad noté que el auditorio se reía a carcajadas, y lo que estaba sucediendo era que en un momento dado había empezado a «interpretar» del francés... al francés. (*Risas.*)

P: *¿Cuál son las principales diferencias entre las investigadoras y los investigadores?*

CDP: Las mujeres son más detallistas, los hombres son más expeditivos. Las primeras siempre querían agregar algún experimento al trabajo, mientras que los hombres procuraban publicarlo, aun cuando no estuviera completamente concluido. Además, la mujer, cuando es joven, tiene la doble prioridad de su casa y el trabajo, y recién cuando los hijos se independizan tiene más libertad para dedicarse a la investigación. Por eso, por cada artículo publicado por una mujer, los hombres publicaban tres.

P: *Usted fue investigadora en una época en que la presencia de la mujer era muy limitada en el ámbito científico. ¿Eso representó una dificultad especial?*

CDP: No, desde un comienzo me acostumbré. Cuando entré a la Universidad de McGill, éramos solo cuatro mujeres entre ochenta investigadores. En el siglo pasado la participación de la mujer ha crecido en forma exponencial; ha ganado un lugar importantísimo, que tenía postergado. Mi madre, por ejemplo, fue feliz dedicándose por completo a sus hijos, aunque podría haber hecho otras cosas importantes. Afortunadamente desoí el consejo de las monjas del colegio francés al que iba, que cuando les dije que quería ser como mi padre (era ingeniero químico) me dijeron que «la química no es para mujeres». Y entonces me pasé a la escuela inglesa, donde encontré profesores que me ayudaron.

P: *En su libro autobiográfico Quise lo que hice: autobiografía de una investigadora científica¹ relata con pasión detalles de sus investigaciones, sus viajes y sus seres queridos. En todas esas actividades ha desplegado una enorme energía. ¿Cuál diría que ha sido su «motor», su «alegría de vivir»?*

CDP: Creo que eso proviene de los genes; mis padres también eran así, tenían una gran vitalidad, y mis hermanos también.

P: *Volviendo al ambiente, ¿qué persona la ha motivado especialmente?*

CDP: En primer lugar, mi padre, que me apoyó siempre. Y Hans Selye, que directamente me enfrentó con la realidad cuando me dijo: «¿Para qué quiere ser médica si le gusta tanto la investigación?». Y no se equivocó...

P: *¿Y algún libro particularmente motivador?*

CDP: *Los miserables*, de Víctor Hugo.

P: *Me gustaría pedirle un mensaje final para los lectores de Panace@...*

CDP: En la vida, lo principal es la motivación. Si uno tiene alegría de vivir y ganas de hacer cosas, todo es posible. Cuesta empezar, pero si uno comienza y se traza un plan, se alcanza la meta.

Y, ciertamente, los hechos le dan la razón. A los 89 años, esta investigadora prolífica en trabajos científicos y madre dedicada de cinco hijos, continúa concretando proyectos. Actualmente está dedicada a traducir su libro al inglés para publicarlo en el ámbito universitario canadiense o estadounidense. Quizá, en esta oportunidad, decida publicarlo con el

título que le hubiera gustado para su obra en español: *Joie de vivre*.

Nota

* Buenos Aires: Leviatán, 2007.

